

# ALBERT CAMUS, RENÉ CHAR, MARTIN HEIDEGGER <sup>1</sup>

---

François VEZIN

[Traducción: Alberto HERRERA PINO y Ana Paula MATEOS HOYO]

[Revisión: Hélène RUFAT]

En Francia, desde el momento en que se supo, la noticia de que le habían concedido el premio Nobel de literatura a Albert Camus tuvo un eco considerable. Yo por entonces tenía veinte años y, lector y admirador de Camus, ese acontecimiento fue de gran importancia para mí. Como la prensa le concedía un amplio espacio, yo, como mis compañeros de estudio, me puse a la búsqueda de noticias, y leía con avidez todo lo que se publicaba sobre él. Conservo aún un buen número de artículos que fui recortando durante aquellos días. Me sentía más interesado que nunca por ese personaje que la actualidad había colocado bajo los focos. Lo admiraba, me inspiraba confianza y las circunstancias parecían propicias para aprender más al respecto. Así es como tuve la ocasión de leer, en *Le Figaro Littéraire* del 26 de octubre de 1957, un testimonio de René Char titulado *Je veux parler d'un ami*<sup>2</sup>. El nombre de Char no me resultaba desconocido, pero hasta entonces no lo había asociado al de Camus; y lo que sabía de él era muy impreciso. Ese texto es el primero que realmente me pareció interesante; en el acto, en mi memoria se grabó esta frase: «Permítaseme ir al grano; quiero hablar de un amigo»<sup>3</sup>. Dos meses más tarde, durante su viaje por Suecia, los artículos de prensa evidentemente se multiplicaron. Como es evidente, había cierto caos en todos aquellos comentarios, pero hoy, con el paso del tiempo, me doy cuenta de que en aquellos días se gestó algo de importancia para mí, que aquello marcó una

---

<sup>1</sup> [N. ed.] Artículo publicado en *Présence d'Albert Camus*, nº 2 – 2011 (revista realizada por la *Société des Études Camusiennes*). Este texto fue presentado originalmente como comunicación en Tours el 7 de mayo de 2010.

Agradecemos a François Vezin y al anterior director de *Présence*, Guy Basset, su aprobación para que este texto fuera reproducido en nuestra revista.

<sup>2</sup> [N. tr.] *Quiero hablar de un amigo*.

<sup>3</sup> CHAR, R. *Œuvres Complètes*. Paris, Gallimard — Bibliothèque de la Pléiade, 1983 ; p. 173.

fecha en mi vida. *Le Figaro Littéraire* del 21 de diciembre, dedicado casi por completo a la estancia de Camus en Estocolmo, contenía fotos así como crónicas de las conferencias de prensa, las discusiones y los encuentros que rodearon la ceremonia oficial. Un artículo de Jean Grenier llevaba por título un aforismo de Nietzsche: *Un sí, un no, una línea recta, un objetivo* —que no he vuelto a encontrar hasta años más tarde en *El crepúsculo de los ídolos*<sup>4</sup>—. Pero lo esencial no se encontraba ahí. En un amplio texto, que ocupaba casi una página entera, el enviado especial del periódico exponía toda clase de comentarios sostenidos en Suecia por el célebre galardonado. Y en medio de esa página, de manera destacada, se encontraba un pasaje que captó mi atención con fuerza. Comenzaba relatando que, al día siguiente de la llegada de Camus, un diario sueco había escrito en primera plana: «Camus no capitulará ante el catolicismo». Dando algunas explicaciones, enseguida se citaba una declaración donde el mismo Camus intervenía. Algo de esto se encuentra en el tomo IV de las *Œuvres Complètes*<sup>5</sup> recientemente publicadas, pero prefiero mantener el texto tal como lo leí en diciembre de 1957 en una página de un periódico bastante amarillento hoy por el paso del tiempo, puesto que, como no podía ser de otro modo, fue en esos términos cómo, durante años, aquella declaración se quedó grabada en mi memoria. Camus, en referencia al titular del periódico *Dagens Nyheter*, comenzaba por poner las cosas en su sitio rápidamente: «Bajando del tren, un periodista me preguntó si iba a convertirme. Yo respondí: no. Tan sólo esa palabra: no». Pero, una vez restablecido el contenido exacto de lo que realmente había dicho, palabras con las que el periódico había hecho un titular sensacionalista, a continuación Camus precisaba su postura con respecto a la fe cristiana con un tono de sinceridad y una gravedad que me impresionaron. He aquí los términos en que lo hizo:

*Tengo conciencia de lo sagrado, del misterio que hay en el hombre, y no veo por qué no iba a confesar la emoción que experimento ante Cristo y su enseñanza. Temo desgraciadamente que en algunos ambientes, en Europa en particular, reconocer una ignorancia o admitir un límite en el conocimiento del hombre, el respeto a lo sagrado, aparezcan como debilidades. Si eso son debilidades, las asumo con fuerza [...].*

Aquí el periodista señalaba que Camus había dicho en una conferencia de prensa: «Sólo tengo respeto y veneración ante la persona de Cristo y su historia: no creo en su resurrección». Luego Camus prosiguió:

<sup>4</sup> NIETZSCHE, F. «Maximes et pointes, n° 44» en *Œuvres philosophiques complètes*, tome VIII. Paris, Gallimard, 1974; p. 68.

<sup>5</sup> OC IV; p. 284-285.

*Tengo preocupaciones cristianas pero mi naturaleza es pagana. El sol... Me siento cómodo con la obra de los griegos, y no con las de Platón: los presocráticos, Heráclito, Empédocles, Parménides... Tengo fe en valores antiguos, aunque esté mal visto desde Hegel.*

A base de leer y releer esta declaración, no tardé en sabérmela de memoria. Sentía que curiosamente allí había alguna cosa que me concernía personalmente aunque me encontrara lejos de entenderla del todo. A pesar de lo que tenía de desconcertante para mí, vislumbraba en ella un enfoque original que demandaba una reflexión madura. ¿Cómo Camus, cuya seriedad y probidad me parecían patentes, podía, a raíz de una cuestión sobre el catolicismo, volver su pensamiento hacia los griegos, y aún más, hacia los griegos anteriores a Sócrates? ¿Cómo una reflexión sobre estas preguntas religiosas podía conducir así a las proximidades de Heráclito, de Empédocles y de Parménides? Por mí mismo nunca se me hubiera ocurrido seguir este camino desde Jesús hasta los griegos anteriores a Platón. Tenía la impresión de que él estaba desplazando de un modo extraño la cuestión, pero no me sentía con suficiente competencia como para contestar o rechazar lo que Camus decía. Al haber sido criado entre sotanas, me sentía desorientado al ver que Camus, identificándose con las *inquietudes cristianas*, buscaba así la claridad acercándose a la Grecia arcaica. Por enigmáticas, estas palabras aún me cautivaban más. Algún día iba a tener que intentar aclarar lo que se sugería en esas pocas palabras.

Al volver hoy a este texto lo veo de un modo muy distinto a los tiempos de mi juventud. Para leerlo dispongo de cierto número de puntos de referencia que, inmediatamente, me permiten verlo bastante claro. Enseguida reconozco, por ejemplo, que los tres nombres citados por Camus son justamente los de los pensadores que Yves Battistini reunió en un volumen de traducciones que marcó una época<sup>6</sup>, y sé ahora que, siendo Battistini amigo de Char, Camus lo conoció y pudo disponer de esas traducciones quizá incluso antes de su publicación. Hoy veo fácilmente en qué podía estar pensando Camus cuando se expresó de ese modo en Estocolmo. Pero en 1957 carecía por completo de estas claves de lectura tan simples y ahora tan evidentes. El nombre de Yves Battistini por entonces me era completamente desconocido e ignoraba incluso la existencia de sus traducciones. En cuanto a los pensadores griegos mencionados, en realidad no me sonaban mucho. Pero por confusas que fuesen esas líneas que tenía ante mí, me sentía realmente intrigado.

---

<sup>6</sup> *Héraclite d'Éphèse*, traducción nueva e integral con introducción y notas de Yves BATTISTINI, Paris, Cahiers d'art, mayo de 1948.

En diciembre de 1957 yo era alumno de la khâgne<sup>7</sup> en el instituto Condorcet de París. Hacía dos meses que tenía a Jean Beaufret de profesor de filosofía, aunque yo había entrado en sus clases sin que nadie me hubiera hablado antes de él. Así es: al entrar en la khâgne de Condorcet, ¡no sabía dónde me estaba metiendo! Y por lo tanto tampoco sabía que la traducción de Beaufret del *Poema* de Parménides había sido publicada apenas dos años<sup>8</sup> antes. No sabía estrictamente nada sobre que Beaufret hubiera llegado a Parménides a través de Heidegger, y la fama de existencialismo generada por entonces alrededor de Heidegger me incitaba a acercarlo más bien a Kierkegaard, en ningún caso a Parménides. El de este último para mí no era sino un nombre vagamente asociado a un cliché que me decía bien poco. Todo lo que me habían dicho hasta entonces es que Parménides piensa el ser mientras que Heráclito piensa el devenir, tras lo cual no me habían entrado muchas ganas de saber algo más sobre este tema. Pero viendo esos nombres presentados de tal manera, y de la mano del propio Camus, todo me parecía diferente, y ya tenía sentido interesarse por ellos. No se me ocurría pedirle a mi profesor que me aclarara y aconsejara sobre dicha cuestión, que hubiera sido lo mínimo que podría haber hecho; pero es que no sabía a quién tenía delante. A decir verdad, las clases que él nos había impartido durante las primeras semanas del año sólo me habían interesado medianamente, y sólo un mes más tarde, después de la vuelta de enero, comenzaron a “engancharme” seriamente. A continuación, probablemente durante el transcurso del mes de febrero, compré su edición del *Poema* de Parménides, un librito —menos de cien páginas— cuyo módico precio se ajustaba a mi presupuesto de estudiante. Una cosa eran las clases de Beaufret sobre Kant, que comenzaban a apasionarme, y otra distinta era el reciente premio Nobel de literatura; no había aparentemente ningún punto de conexión entre ambas. Y, no obstante, desde las primeras páginas de su introducción al *Poema* de Parménides, trataba la cuestión de esos *presocráticos* a los que yo aún desconocía por completo. Sin embargo, con el tiempo iba a darse una coincidencia. Beaufret no decía ni una palabra sobre Camus, pero los nombres de Heráclito o de Parménides, cuando los llegaba a pronunciar, tomaban en su boca un relieve muy novedoso para mí. Evidentemente llegó el momento en que escuché hablar de la *Carta sobre el Humanismo*, cuyo destinatario es Beaufret, y pronto me hice también con un ejemplar. «¡Beaufret —me dijo un compañero en un tono un poco sentencioso— es el

<sup>7</sup> [N. ed.] Nombre con el que se conoce en Francia al curso preparatorio o último curso antes de poder acceder a una de las *Grandes Écoles*.

<sup>8</sup> *Le Poème de Parménide*, presentado por Jean BEAUFRET, Paris, PUF — colección Épiméthée, 1955.

concesionario de Heidegger en París!». Si por ventura o por casualidad Beaufret había hablado de Camus, a quien por otra parte él había conocido en Lyon en la época de la *Résistance* —pero eso tampoco lo supe hasta años más tarde—, evidentemente me habría entusiasmado, pero no era ésta una de sus referencias habituales. Un nombre, por el contrario, que mencionaba de vez en cuando era el de René Char. Éste me resultaba mucho menos familiar que el de Camus pero la forma en la que Beaufret hablaba de él tampoco es que dejara indiferente a nadie. Y ocurrió que, en enero de 1958 el pequeño teatro *Chez Agnès Capri* (que se encontraba en la calle Molière, número 5) presentó un espectáculo René Char que Beaufret nos recomendó. Acompañado de Dominique Fourcade me precipito pues a *Chez Agnès Capri*. El espectáculo comenzaba en su primera parte con un montaje de poemas: *Le Fer et le blé*<sup>9</sup>; continuaba con *Claire*, pieza en nueve cuadros. Char dejaba de ser para nosotros un nombre. Era una voz, presente, instantánea, voz de un poeta cuya lectura se imponía. Uno de sus libros que acababa de ser publicado, *Recherche de la base et du sommet*<sup>10</sup>, contenía entre otras cosas un texto sobrecogedor sobre Heráclito, pero en ausencia de indicación alguna al respecto no podía adivinar que había sido escrito como prefacio, justamente, a la traducción de Yves Battistini. Así, a pesar de las conexiones que me faltaban, una serie de figuras había tomado lugar en mi pequeño universo intelectual. Por así decirlo, avanzaba a tientas pero, sin que me diese realmente cuenta de ello, esas figuras estaban formando una constelación.

Hoy la situación es muy diferente. Disponemos de toda una información que cruelmente nos faltaba en aquella época, sobre la que me he extendido. Por ejemplo la correspondencia entre Albert Camus y René Char ahora está publicada<sup>11</sup> y, gracias a ella, fácilmente podemos ver cómo se establecen ciertos lazos esenciales que formaron la trama de la época en cuestión. Sin embargo, a través de recuerdos personales he querido mostrar cómo, paso a paso, para un estudiante de mi generación, los nombres de Albert Camus, René Char y Martin Heidegger podían llegar a encontrarse y asociarse, formando eso que he denominado hace un momento como *constelación*.

Convergencia, constelación... no vayamos, sin embargo, demasiado rápido

---

<sup>9</sup> [N. tr.] *El hierro y el trigo*

<sup>10</sup> [N. tr.] *Indagación de la base y de la cima*

<sup>11</sup> *Albert CAMUS – René CHAR, Correspondance 1946-1959*, edición coordinada, presentada y anotada por Franck PLANEILLE, Paris, Gallimard, 2007.

porque no todo es simple en la historia que intento reconstruir y no habría que dejar de lado todo lo que puede tener de problemática. Claro que, de la mano de Aristóteles, podemos decir que los amigos de nuestros amigos son nuestros amigos, para así poner precipitadamente a Heidegger, Char y Camus en el mismo saco, pero cuidémonos de situarlo todo en el mismo plano. Las relaciones que asocian y acercan a estos tres hombres, Martin Heidegger, Albert Camus, René Char, por interesantes y altamente significativas que sean, son complejas y no habría que pasar por alto la sutileza de los lazos que puedan existir entre ellos. Por lo tanto, seguro que no estaría de más conocer o recordar algunos datos de orden histórico y biográfico en torno a este asunto.

En los primeros días de septiembre de 1969, habiendo respondido a la invitación de René Char, Martin Heidegger se encontraba en la región de L'Isle-sur-la-Sorgue y allí expresó el deseo de ir a Lourmarin. Quería ir al cementerio donde reposa Albert Camus y, algún tiempo más tarde, anotó al comienzo de la traducción francesa de su libro *De camino a la palabra*<sup>12</sup> varias frases de René Char, siendo una de ellas extraída de *L'Éternité à Lourmarin*<sup>13</sup>, poema que Char escribió bajo el impacto de la muerte brutal de Camus<sup>14</sup>. En esta dedicatoria se encuentra sellada la reunión de estos tres nombres. Está claro que la visita de Heidegger a Lourmarin pretendía ser un homenaje, pero este gesto simboliza también un encuentro que nunca tuvo lugar. Las relaciones de amistad que existieron entre Char y Camus por un lado, y entre Char y Heidegger por otro, hoy día son muy notorias. Textos y testimonios para documentarlo no faltan. Por otra parte se trata de amistades muy diferentes en cada caso. Char y Camus tenían prácticamente la misma edad, se conocieron todavía jóvenes y se sintieron muy unidos rápidamente. Entre Char y Heidegger las edades eran diferentes, había un problema de lengua que creaba cierta distancia entre ellos y el peso de la historia entraba también en juego. No podían verse con frecuencia. A un lado se encontraba un pensador alemán, y al otro un poeta francés. De hecho, la relación era muy fluida entre ellos, pero, como lo muestran las cartas que se intercambiaron, las relaciones entre Camus y Char presentaban un aspecto completamente fraternal que no podía darse entre Heidegger y Char. Lo que plantea dificultades es el lugar de Camus dentro del cuadro que intento componer. Entre Char y Camus, entre Heidegger

---

<sup>12</sup> HEIDEGGER, M. *Acheminement vers la parole*, traducido del alemán [*Unterwegs zur Sprache*] por Jean Beaufret, Wolfgang Brokmeier y François Fédier, Paris, Gallimard — colección *Classiques de la philosophie*, 1976; pp. 7-8.

<sup>13</sup> [N. tr.] *La eternidad en Lourmarin*

<sup>14</sup> *René Char*, Pléiade; p. 412.

y Char, un entendimiento esencial se estableció. Ésta no es de la misma naturaleza en los dos casos, pero es innegable; y las trazas remarcables que ha dejado hablan por sí solas. En cuanto al acercamiento entre Heidegger y Camus, no es tan evidente. Si bien en cierto modo es perfectamente posible, requiere explicaciones e incluso justificaciones. Requiere ser abordado con cierta prudencia.

Una manera abrupta de acabar con el problema consistiría en decir que la muerte prematura y accidental de Camus hizo desgraciadamente imposible un encuentro que muy bien habría podido darse y que incluso habría sido inevitable. Char y Camus se veían a menudo, y Camus sin ninguna duda oyó hablar de Heidegger a través de René Char. Camus iba regularmente a L'Isle-sur-la-Sorgue. De haber vivido algunos años más, es verosímil que hubiera podido encontrarse allí cuando Heidegger pasó varias temporadas a finales de los años sesenta. Cuando René Char lo llevaba a casa de sus amigos Mathieu, en Lagnes, evidentemente Heidegger sabía que se encontraba en una casa a la que Camus solía ir con mucho gusto. Y bien que lo sabía, que hasta una vez comió allí con el hijo de Albert Camus, a quien Char deseaba que conociera. La presencia-ausencia de Camus forma parte de esas cosas a las que Heidegger era altamente sensible cada vez que iba y volvía al Vaucluse.

*Con el que amamos —dice René Char— hemos cesado de hablar, y no es el silencio.*<sup>15</sup>

Siempre me ha sumido en la fascinación la forma en que Heidegger hablaba de su maestro Husserl y de las discusiones que mantenía con él. Lo hacía tan presente que creíamos verlos a uno frente al otro, hasta tal punto que tengo la impresión, yo que no tenía más que un año cuando Husserl murió, ¡de haberlo visto en carne y hueso! Heidegger no pudo frecuentar a René Char sin presentir así qué clase de fraternidad había llegado a existir entre él y Camus. Me parece evidente que, como me ocurría a mí con Husserl, Heidegger sintió, en contacto con René Char, la presencia casi física de Camus. Él, que hubo meditado sobre Aristóteles, sabía que la amistad es una virtud; era hombre de comprender el significado político de la amistad.

Para encontrar el medio de establecer una relación justa entre Camus y Heidegger, podríamos pensar en las reflexiones que Heidegger hace a veces sobre lo próximo y lo lejano: éstas en parte se inspiran en la oposición que hace Nietzsche entre *amor al prójimo* y *amor al lejano*. Sin embargo, tenemos que empezar por las

---

<sup>15</sup> *Ibidem.*

preguntas más simples: ¿qué había podido leer Camus de Heidegger? ¿Qué había podido leer Heidegger de Camus? Para responder a estas preguntas tan directas, y faltándonos pruebas tangibles, sólo podemos remitirnos a frágiles conjeturas. La evidencia es, sin embargo, que tanto en un caso como en el otro el conocimiento de las obras se reduce a un mínimo. Camus no sabía alemán y hasta la fecha de su muerte las traducciones francesas de Heidegger eran muy escasas. Heidegger es mencionado en *Le Mythe de Sisyphe* pero salta a la vista que Camus sólo tiene de él un conocimiento de segunda mano y que tiene mucho más leído a Kierkegaard y Chestov. A partir de ahí, ya no lo nombra. Ese nombre no aparece ni una sola vez en *L'Homme révolté*. Pero esto concuerda perfectamente con la actitud general de Camus respecto a la filosofía. Cuando decía: «No soy un filósofo y nunca he pretendido serlo»<sup>16</sup>, Camus era totalmente sincero. La filosofía sin embargo le interesaba, tenía cierta cultura en ese ámbito, y de un modo muy evidente él era un hombre de reflexión; se sabe que había comenzado en su juventud estudios de filosofía, pero él siempre se definió, no sin cierta insistencia, como un artista, no como un filósofo, y estaba molesto por la forma en que se le había incorporado al existencialismo. Las relaciones de Camus con la filosofía vienen caracterizadas por la seriedad y la modestia. Su auténtica originalidad en este plano es haber sido sobre todo un lector atento y asiduo de Nietzsche. Y como lector de Nietzsche ha hablado del nihilismo (*absurdo* es otro de sus nombres) y, sobre todo, ha centrado su reflexión en torno a ese tema. Seriedad y modestia: tomaré como ejemplo el título que le dio a las compilaciones de artículos y ensayos varios, de temática política en su mayoría. Este título, *Actuelles*, hace alusión evidentemente a las *Consideraciones inactuales* de Nietzsche; pero es necesario comprender el tono exacto con que hace esta referencia. Nos engañaríamos si creyésemos ver un reproche implícito en la elección que hizo Camus poniendo por delante la palabra *Actuelles*. No quiere decir en absoluto que las consideraciones inactuales de Nietzsche sean obra de un filósofo perdido en las nubes, que olvida las urgencias de la actualidad, filósofo a quien Camus estaría administrando una lección de seriedad y contextualización escribiendo consideraciones *actuales*. Este título es, por el contrario, muy modesto. Quiere decir: allí donde Nietzsche ha escrito *consideraciones inactuales*, yo, Camus, no puedo, al no tener la envergadura de Nietzsche, proponer otra cosa que consideraciones... actuales.

Es probable que Heidegger leyera algo de Camus, pero no se sabe exactamente

---

<sup>16</sup> OC III; p. 402, ver también p. 411; y OC II; p. 659.



el qué. Al tener mucho aprecio por un texto de Char como *Naissance et jour levant d'une amitié*<sup>17</sup>, un día u otro seguro que algunos libros de Camus habrán caído en sus manos. No es Beaufret quien se lo hizo leer, sino que con seguridad Hanna Arendt le habló de él, y lo haría de un modo tal que suscitó su atención. Tenía aprecio real por Camus y no hacía falta mucho más para que Heidegger vislumbrara la talla del personaje y comprendiera su valor. «Alguien que ha leído seriamente a Nietzsche», quizás le dijo ella... Ignoro si en algún momento la frase de Camus «le debo a Nietzsche una parte de lo que soy»<sup>18</sup> llegó ante su mirada, pero Heidegger sin duda tuvo que captar algo de lo que esa frase expresa. Sea lo que sea lo que Heidegger haya podido leer de Camus, entendió que en la obra de este escritor había una interrogación personal rigurosa sobre el nihilismo contemporáneo y eso sólo podía inspirarle interés y respeto. Tampoco sé si Heidegger llegó a conocer la presentación que hizo Camus para la colección *Espoir* que dirigió en Gallimard, pero tengo mis razones para pensar que habría apreciado leer un texto como este:

*Estamos en el nihilismo. ¿Podemos salir del nihilismo? Ésta es la pregunta que se nos inflige. Pero no saldremos haciendo como si ignorásemos el mal de la época o decidiendo negarlo; por el contrario, la única esperanza está en nombrarlo y hacer su inventario para encontrar la cura al final de la enfermedad. Esta colección es justamente un inventario. Y porque es un inventario tiene derecho a llevar su título. Se encontrarán reunidas aquí obras de ficción o de pensamiento que, directamente o no, plantean el problema de la época. Podrán ser de inspiración y de voluntad diferentes, firmadas por autores muy jóvenes o muy antiguos. Podrán consagrar el nihilismo, o pretender su superación. Pero todas ellas formarán una conciencia común, con un mismo esfuerzo darán testimonio para definir o coronar la mortal contradicción en que vivimos. Si ha llegado el tiempo en que debemos elegir, esa necesidad misma es un progreso. Reconozcamos pues que ha llegado el tiempo de la esperanza, aún si se trata de una esperanza difícil. A su manera, que es simple, y desde su lugar, que es modesto, esta colección puede ayudar, al mismo tiempo, a denunciar la tragedia y a enseñar que ni la tragedia es una solución ni la desesperación es una razón. Depende de nosotros que estas pruebas necesarias se vuelvan promesas.*

El curso que Heidegger dedicó al nihilismo europeo no fue publicado hasta 1961. No fue traducido al francés hasta 1971. Camus llevaba muerto once años. No creo

<sup>17</sup> [N. tr.] *Nacimiento y amanecer de una amistad*.

[N. ed.] Título del epígrafe de *Posterité du soleil*, libro conjunto realizado por la fotógrafa Henriette GRINDAT, CHAR y CAMUS, que vio la luz años después de la muerte del último.

<sup>18</sup> *Ib.*; p. 937.

estar delirando al decir que si hubiese estado vivo, probablemente Heidegger le habría enviado un ejemplar. Sin duda le habría parecido de importancia que alguien como Camus hubiese leído este trabajo. «Era un hombre de lo esencial», decía René Char en enero de 1960 a la salida del cementerio de Lourmarin donde Camus acababa de ser enterrado.

Entre Heidegger, Camus y Char, Nietzsche constituye un punto de encuentro eminente, una especie de denominador común y, puesto que los tres son lectores de Nietzsche, también son al mismo tiempo fervientes lectores de Heráclito. «Heráclito —decía Nietzsche—, frecuentarlo me hace sentir más cómodo y motivado que cualquier otro filósofo»<sup>19</sup>. Pero con Heráclito hay que tener cuidado. Todo lo que pudo decir Nietzsche sobre él centró evidentemente la atención de Heidegger pero, más allá de Nietzsche, son Hegel y sobre todo Hölderlin quienes lo condujeron hasta Heráclito. En el caso de Char está claro que es Nietzsche quien, desde antes de la guerra, se lo indicó. Llegado entonces el día en que a las manos de Char llegaran, en traducción francesa, los textos donde Heidegger habla de Heráclito, en *Essais et conférences* por ejemplo, Char sabrá en el acto a quién tiene ante sí. Ambos, Nietzsche por un lado y las traducciones de Yves Battistini por el otro, forman parte a su vez de las lecturas esenciales de Camus, pero en su caso hay que tener en cuenta otro elemento que entra en juego y que cambia sensiblemente la perspectiva. Camus se interesó mucho por Simone Weil. Si la colección *Espoir* que dirigía en Gallimard publicó finalmente nueve volúmenes de la pensadora es porque se tomó muy a pecho hacer públicos unos textos que por entonces aún eran inéditos y que él juzgaba de suma importancia.

*Me sentiría más que satisfecho —escribía en 1951 a la madre de Simone Weil— si se pudiera decir que, desde mi posición, y con los pobres recursos de los que dispongo, serví para dar a conocer y difundir su obra, cuya repercusión todavía no ha sido valorada en su totalidad.*<sup>20</sup>

El hecho es que la publicación de los textos de Simone Weil iba a dar a la colección un fuerte punto de inflexión y la sigue marcando, como dice Guy Basset, como «un título de gloria»<sup>21</sup>. Camus, por cierto, tenía pensado emprender la edición de sus obras completas. Así es cómo entre los textos póstumos de Simone Weil que publicó, se

<sup>19</sup> NIETZSCHE, F. *Ecce homo, Œuvres complètes*, Paris, Gallimard, 1974, t. 8; p. 288.

<sup>20</sup> Citado por Guy BASSET, «Camus éditeur de Simone Weil», *Cahiers Simone Weil*, t. XXIX, n° 3, septiembre de 2006; p. 263.

<sup>21</sup> *Ib.*; p. 253.

encuentra *La Source grecque*<sup>22</sup>, volumen del que se puede decir que, en su biblioteca personal, representa el contrapeso que equilibra las traducciones de Yves Battistini que os comenté antes. La nota del editor situada al comienzo de la obra es la siguiente:

*Se ha considerado que estos textos así reunidos permitían entender mejor de lo que se había hecho hasta el momento, mejor aún de lo que se había podido hacer, el espíritu de Grecia y qué lugar ocupa la fuente griega en su pensamiento.*<sup>23</sup>

Entender el espíritu de Grecia mejor de lo que lo hemos hecho hasta el día de hoy: hay ahí un objetivo por el que Camus y Heidegger pueden, de alguna manera, relacionarse y reunirse. Esto es más evidente aún si tenemos en cuenta el interés que tuvo precisamente Simone Weil por Heráclito, y esto incluso puede arrojar luz sobre la declaración de Estocolmo de la que os hablé al comienzo. En el redescubrimiento de Heráclito que marca nuestra época, el papel y el lugar de Simone Weil es destacable en todos los aspectos. Porque este redescubrimiento lo efectuó sola, con un proceso personal que no debe nada a Hölderlin, nada a Hegel, nada a Nietzsche, nada tampoco a Gérard Manley Hopkins ni nada a Heidegger. El trabajo que hizo sobre Heráclito está, os lo señalo, accesible hoy día en sus obras completas, en el segundo volumen de los *Écrits de Marseille*<sup>24</sup> recientemente publicado<sup>25</sup>. De este modo, Camus en su vida no habría conocido, o no se habría encontrado ni con Heidegger ni con Simone Weil, pero no es la menor de sus originalidades, sin embargo, tener un lugar entre estos dos nombres.

Cuando en 1955 Heidegger vino por primera vez a Francia, hizo saber con qué dos personas deseaba encontrarse: eran Georges Braque y René Char. Jean Beaufret se encargó entonces de organizar los encuentros deseados, pero como él no conocía a René Char en aquella época, la invitación llegó a este último por medio de Albert Camus. Sobre este particular os remito a la correspondencia entre Camus y Char donde encontraréis las cartas intercambiadas en torno a este tema durante el mes de julio de 1955 y donde veréis en qué términos prudentes Camus transmite la propuesta:

---

<sup>22</sup> [N. tr.] *La fuente griega*

<sup>23</sup> Citado en WEIL, S. *La Source grecque*, Paris, Gallimard — colección *Espoir*, 1953; p. 8.

<sup>24</sup> [N. tr.] *Escritos de Marsella*

<sup>25</sup> WEIL, S. *Œuvres complètes*, tome IV, *Écrits de Marseille*, volume 2 (1941-1942), Paris, Gallimard, 2009; p. 131-145.

«Entera libertad para usted —escribe— de decir sí o no»<sup>26</sup>. Camus, pues, estaba perfectamente al tanto de la visita a Francia de Heidegger aquel verano. Pero como Char y Camus se veían a menudo, la correspondencia editada sólo puede ofrecer los rastros escritos que subsisten de sus intercambios. Char sin duda le contó a Camus su primer encuentro con Heidegger en casa de Jean Beaufret, pero desgraciadamente no sabemos lo que le dijo exactamente y no sabemos tampoco lo que pudieron comentar sobre ello durante los siguientes años, porque es más que probable que hayan vuelto a hablar de ello otras veces, más aún teniendo en cuenta que, respecto a Heidegger, en aquella época la cuestión política no estaba nada clara aún. Diez años antes, cuando se comenzó a hablar en Francia del caso *político* de Heidegger, Camus le dijo un día a Frédéric de Towarnicki: «Verá usted, yo no pido la cabeza de nadie...».

A propósito de las preguntas que nos ocupan existe un texto de Camus que me parece especialmente precioso. Se encuentra en *L'Été*, compilación de ensayos publicado en 1954, pero el texto del que os hablo fue escrito durante el verano de 1948 y la dedicatoria a René Char está fechada el 30 de agosto. Se titula *L'Exil d'Hélène*. Camus en esas páginas, que forman una corta *consideración inactual* —y sí, digo bien *inactual*— en el sentido de Nietzsche, opone el mundo moderno al mundo griego. Podríamos leerlo como una especie de reflexión libre sobre la frase de Hölderlin «Los griegos nos son indispensables»<sup>27</sup>. ¿Lo habrá leído Heidegger en algún momento? No sé tanto, pero no dudo que, si fuera éste el caso, lo habrá leído con agrado. Heráclito de nuevo está muy significativamente presente en estas cinco páginas<sup>28</sup>. A Jean Beaufret le gustaban sus primeras palabras: «El Mediterráneo tiene un sentido trágico solar...»<sup>29</sup>. Como en la conclusión de *L'Homme révolté*, Camus insiste aquí sobre el sentido del límite y de la medida que caracteriza a los griegos: «El pensamiento griego —escribe— siempre se ha atrincherado bajo la idea de límite»; ese sentido que, según él, le hace falta de un modo tan catastrófico a este mundo que es el nuestro. Camus desarrolló solo toda esa reflexión, que no le debía en rigor nada a Heidegger. Pero cuando hoy la leemos sólo podemos estar impresionados al ver cómo se establece entre lo que dice Camus, por un lado, y Heidegger, por otro, un juego de ecos y cómo los dos pensamientos se iluminan el uno al otro. Nuestra Europa, dice Camus, «lanzada a la conquista de la totalidad, es hija de la desmesura».

<sup>26</sup> Albert CAMUS – René CHAR, *op. cit.*; p. 136.

<sup>27</sup> HÖLDERLIN. «Carta a Böhlendorf del 4 de diciembre de 1801» en *Œuvres*, Paris, Gallimard — *Bibliothèque de la Pléiade*, 1967; p. 1004.

<sup>28</sup> OC III; p. 597-601.

<sup>29</sup> [N. ed.] *La Méditerranée a son tragique solaire*

*Pensar lo impoético de nuestra estancia en el mundo [...] —escribe por su parte Heidegger— es: pensar que sobre esta tierra no sólo no hay medida sino que la tierra tomada en cuenta en un cálculo planetario no puede ocasionar medida alguna, y que muy al contrario conduce a la sin-medida.*<sup>30</sup>

En cuanto a lo que dice Camus del límite, leemos en *Le Principe de raison*<sup>31</sup> de Heidegger:

*Se piensa generalmente que el límite es el sitio donde cesa una cosa. Pero para los griegos el límite tenía claramente el carácter de una agrupación, no de una separación. El límite era aquello a partir de lo que, aquello en lo que una cosa comienza, eclosiona como lo que es. A quien este sentido de la palabra límite le siga siendo ajeno jamás podrá ver en su presencia un templo griego, una estatua griega, un jarro griego.*<sup>32</sup>

Jamás podrá ver a *Helena* cuyo exilio, en el sentido de Camus, representa *mutatis mutandis* lo que Heidegger llama *lo impoético de nuestra estancia en el mundo*. Es por eso que tengo la costumbre de decir que todo lector de Heidegger debe leer *L'Exil d'Hélène*. Con su gravedad de siempre, Camus se pregunta si nosotros, hombres modernos, siquiera tenemos derecho de llamarnos hijos de Grecia. Estamos en 1948, en un momento de la historia donde «el brulote policial del comunismo», como dice Char<sup>33</sup>, amenaza con tapar todo el horizonte. Camus dice de los griegos en *L'Homme révolté*:

*la visión de una historia que se resume por completo en la lucha entre el bien y el mal les era ajena. En su universo hay más faltas que crímenes, el único crimen era la desmesura. En el mundo totalmente histórico que amenaza con ser el nuestro, ya no hay faltas, al contrario, no hay más que crímenes del que el primero es la medida.*<sup>34</sup>

Lo que dice aquí Camus no habría de ser minimizado con el pretexto de que, cuarenta años después de que lo escribiera, el leninismo se declaró en quiebra. Aún hoy el mundo sigue atormentado por una «obsesión castigadora» (Edgar Morin) de la cual

<sup>30</sup> HEIDEGGER, M. «L'habitation de l'homme», revista *La Traverse*, nº 7, otoño-invierno de 1973.

<sup>31</sup> [N. ed.] *El principio de razón*

<sup>32</sup> HEIDEGGER, M. *Le Principe de raison*, traducción de André PRÉAU, prefacio de Jean BEAUFRET, Paris, Gallimard — Les classiques de la philosophie, 1962; pp. 167-168

<sup>33</sup> René CHAR, *op. cit.* Pléiade; p. 660.

<sup>34</sup> OC III; p. 84.

«Camus quien *nombró* la peste»<sup>35</sup> (Char) diagnosticó el veneno. «Dios muerto, — leemos en *L'Exil d'Hélène*— sólo quedan la historia y el poder»<sup>36</sup>. A la arrogancia del mundo moderno se opone la modestia del pensamiento griego, he ahí sobre lo que nos invita a meditar Camus.

*Después de las catástrofes e incluso después de los crímenes —dice Jean Beaufret— los griegos eran generalmente más proclives a compadecer a las víctimas que a distribuir culpabilidades retrospectivas, cosa que, por otro lado, no los hacía más indulgentes. Pero nada les era más ajeno que lo que Nietzsche denominará mucho más adelante el espíritu de resentimiento.*<sup>37</sup>

Como la gran mayoría de los franceses, Albert Camus no sabía alemán. Utilizaba, pues, traducciones. Lector asiduo de Nietzsche, poseía los dos volúmenes publicados en 1935 por Gallimard bajo el título *La voluntad de poder*, y esta traducción que debemos a Geneviève Bianquis es la que se reconoce en muchas de las citas que hace de Nietzsche<sup>38</sup>. Se encuentra exactamente la expresión «el absurdo», tal cual, constituyendo el punto de partida de la reflexión desarrollada en *Le Mythe de Sisyphe*; y el nombre de Nietzsche no aparece en vano desde las primeras líneas del libro. Camus sabía reconocer sus deudas. Sin duda pasó cientos de horas sumergido en esa edición de *La voluntad de poder*. Ahora bien, se da la circunstancia de que ésta venía antecedida por un prefacio de la traductora que termina con la cita de algunos versos tomados de la tragedia *La muerte de Empédocles* de Hölderlin<sup>39</sup>. Camus se apropió de esta cita, retomándola palabra por palabra para hacerla figurar al inicio de *L'Homme révolté*. En este caso tampoco sé con certeza si Heidegger examinó alguna vez dicho libro de Camus, aunque parece muy probable, pero, si lo hizo, ese epígrafe no pudo pasársele por alto y habrá sabido valorar todo su peso. Incluso imagino que habría podido decir entonces, como Job en la Biblia: «Yo te conocía sólo de oídas, mas ahora te han visto mis ojos»<sup>40</sup>.

<sup>35</sup> [N. ed.] Cita extraída del epígrafe de René CHAR a *La Posterité du soleil*, obra que ya ha aparecido en este artículo. El subrayado es de François VEZIN.

<sup>36</sup> *Ib.*; p. 599.

<sup>37</sup> BEAUFRET, J. «Philosophie grecque. Tomo 1» en *Dialogue avec Heidegger*, Paris, éditions de Minuit, 1973; p. 30.

<sup>38</sup> NIETZSCHE, F. *La Volonté de puissance*. Tomo 2, traducción de G. BIANQUIS, Paris, Gallimard, 1935; p. 12, 15, 44...

<sup>39</sup> *Ib.*; tomo 1; p. 29.

<sup>40</sup> Job, XLII, 5.

[N. tr.] En el original francés: «Ce que je savais par ouï dire et comme en passant, à present, il m'est donné de connaître».

Os leo, para terminar, esos pocos versos de Hölderlin:

*Y abiertamente consagré mi corazón a la tierra grave y sufriente, y a menudo, en la noche sagrada, prometí amarla fielmente hasta la muerte, sin miedo, con su pesada carga de fatalidad, y no despreciar ninguno de sus enigmas. Así, me unía a ella con un lazo mortal.*<sup>41</sup>

---

<sup>41</sup> OC III; p. 61; ese mismo pasaje se encuentra, traducido por Philippe JACCOTTET, en el volumen de la Pléiade de las *Œuvres* de Hölderlin; p. 480.